

CINE

ROLLERBALL:

LO AGRESIVO DE UNA FALSA PAZ

Rafael Otano

Son dos etólogos tan importantes como Robert Ardrey y Konrad Lorenz, los que han elaborado la tesis del *homo sapiens* como *hijo de Caín*. Sus afirmaciones resultan significativas, no sólo por su contenido inquietante, sino porque van contra el sentido común del hombre occidental, negando la falsa imagen que éste se ha formado de sí mismo desde el romanticismo.

Estos científicos se proponen el interrogante de la guerra y la paz y, en general, de la agresividad humana. Para ellos, el problema no es cómo poner fin a la guerra, sino cómo podremos pasar sin ella. "Somos hijos de Caín, dice Ardrey, la unión del cerebro ensanchado con los caracteres del carnívoro produjo el hombre como posibilidad genética . . . El hombre es un depredador cuyo instinto es matar con un arma. Aunque fuésemos criados como canarios durante generaciones, de ninguna forma se podría erradicar nuestra afinidad genética con las armas". Y Lorenz afirma, por su parte: "Creo que el hombre civilizado de hoy sufre debido a una descarga insuficiente de sus impulsos agresivos".

El ser humano es biológicamente un ser agresivo. Filósofos de otros siglos, como Vico y Hobbes, lo habían atestiguado. Pero ahora es una ciencia minuciosamente experimental de las conductas animales la que confirma ese instinto destructor, contrariando las inocencias y las bondades naturales roussonianas. El problema es, por tanto, cómo podría encauzarse esta agresividad humana, individual y social, en caso de establecerse una paz duradera, que forzosamente tendría que ser una *pax atómica*, es decir, por ~~aniquilación~~ ~~de~~ ~~monopo-~~

lización de todo el arsenal termónuclear.

Rollerball finge esa sociedad en que ya han concluido las tensiones bélicas, consideradas como cosas del pasado, y que se dedica exclusivamente a la tarea de ser feliz.

Esta sociedad plasmada por Jewison, está inspirada, sin duda, en modelos conocidos. Por una parte, en un crecimiento desmedido de las grandes empresas transnacionales, que terminarían siendo corporaciones verticales, encargadas de suministrar los diversos servicios a la comunidad mundial. Por otra está basada en la universalización de un tipo de gobierno benefactor, que se encargaría de resolver todos los problemas de la persona dentro de los intereses directivos incuestionables. El cruzamiento de estos dos modelos, daría como resultado aproximado una Sociedad Corporativa tal como aparece en *Rollerball*.

En ella existen manifiestamente dos grupos sociales, que se distinguen por su actividad: los administrativos y los deportistas. Pero de forma latente, la división es otra: los que controlan la vida de la sociedad programándola con una adecuada ingeniería, y los que deben seguir inflexiblemente esos programas y someterse a esos controles. La Sociedad Corporativa quiere que la vida de sus ciudadanos discorra por las normas establecidas, y arreglar, de modo discreto, las eventuales dificultades. Le dice al individuo que no se preocupe de preguntar porque ella ya tiene las respuestas, que no se canse en pensar porque ella ya ha pensado antes por él, que no se atormente en elegir, porque siempre se le propondrá la mejor alter-

nativa. El mundo así constituido es feliz pero exterior, como lo puede ser el rictus satisfecho de una máscara. Se palpa un ambiente de invernadero, de gigantesco laboratorio en que los individuos son tan sólo sujetos de experimentación.

El juego

La Sociedad Corporativa se preocupa de dar salida conveniente a los impulsos agresivos de los ciudadanos, reprimidos día a día, suave pero inflexiblemente. Al individuo se le facilita la casa, la mujer, el trabajo, la sobrevivencia, todo en absoluto. Pero esta imposición placentera, a la larga se hace insufrible. Y la reacción debe descargarse contra un objetivo debidamente programado.

He ahí el rollerball, como válvula de escape de las multitudes, como sicoterapia o sicodrama colectivos. Son evidentes los paralelismos con instituciones de sociedades pasadas esclavistas o cuasi - esclavistas. Con el circo romano, con los torneos del medievo, con los espectáculos de horca, de cremación, etc. Y, desde luego, con muchos espectáculos actuales.

Nuestra sociedad se está pasivizando, incapacitándose para la actividad interior, para la riqueza creativa propia del ocio. Dedicar su creciente tiempo libre a ver, o mejor, a dejarse llenar los ojos. El mundo se convierte en una gran vitrina, en un escaparate interminable. La televisión, las calles, los supermercados, los grandes títulos periodísticos, las modas, los colores, todo nos está gritando a los ojos. El voyerismo cultural es nuestra tara más específica.

